

Salvo la culpa

Santiago Casero González

**Editorial Intangible
Valencia**

*Mas si la herida oculta su amenaza
en hondos laberintos,
y extiende la espiral de su amargura
por secretas regiones, invadiendo
los huecos intangibles, las calladas
raíces de lo humano,
lenta será la lucha, imposible
su exacta curación.*

*Habitará en vosotros como un huésped
cercano y duradero,
sangre será de vuestra propia sangre,
testimonio implacable del latido.
Con el tiempo será la compañera
de tristes aventuras:
quizá lleguéis a amarla porque os ame
con su aterida voz, con la certeza
de su tenaz caricia.*

Antonio Porpetta, La herida

*Divino es el origen de la culpa. Qué
sería de nosotros sin la culpa, pregunta. Y se contesta: Nada. Ser en la
tierra es ser culpa. O nada. Nosotros, obra de Dios, entre la culpa y la
nada elegimos la culpa.*

Guillermo Saccomanno. El oficinista

*Eso es la
literatura, supongo: reconvertir la escoria humana en oro.*

Salvo la culpa NOVELA

Alberto Sánchez Piñol, Pandora en el Congo

Se escribe para mirar morir una mosca. Tenemos derecho a hacerlo.

Marguerite Duras, Escribir

No se llama Rojo. No sé cómo se llama.

Y Helga no es Helga. Nunca ha sido Helga pero nunca será Ana. Tal vez sea quien dice ser, o tal vez no.

Los nombres no sirven, dijo el ciego, o puede ser que dijera algo parecido. Un ciego albino que quizás se teñía el pelo para parecer lo que no era, un ciego que a lo mejor era otro ciego que se cegó a sí mismo por una culpa mayúscula que probablemente sólo estaba en los recuerdos falseados de una vida errada.

Y también moribundos, hermanos, criminales de guerra, hijos olvidados, padres extintos, perros perdidos...

Jodorowsky, el único a quien llamé por su nombre, me hizo dudar de la identidad de todos ellos. Decía las cosas de manera tan oblicua que nunca sabías si te decía la verdad, si evocaba francamente o hacía literatura con sus recuerdos. Sirva de ejemplo su historia con aquella mujer que quizás esté enterrada en ese cementerio donde no entierran a los muertos, donde sólo fingen que lo hacen...

La verdad, he engañado a tantos que merezco toda esta confusión. Pensándolo bien, tal vez sólo me he engañado a mí mismo, me he dejado engañar por lo que veían mis ojos, por las apariencias. Quizás sea además ese condenado a ver sombras de siluetas en la pared de una caverna.

No: sería demasiado poético. Tal vez sólo un ciego más. Eso es: otro ciego que confunde lo que recuerda con lo que existe.

Me explicaré.

Rojo

No se llamaba Rojo. No sé cómo se llamaba.

Se había puesto en contacto conmigo un lunes, muy pronto, lo recuerdo bien, cerca del amanecer. Una voz había tronado familiar, casi cordial pese a su aspereza, al otro lado del teléfono:

- ¿Aníbal? Soy Rojo...

Lo llamábamos así no sólo por el color de su cabello – al parecer, su madre era celta o imprecisamente nórdica, de lo cual blasonaba Rojo de manera enigmática – sino también por el énfasis resueltamente insurrecto con que se pronunciaba sobre cualquier asunto y en todas las circunstancias, como si sólo apreciara oportunidades deliciosas para la conjetura irrefutable y la dialéctica.

En la cafetería donde solíamos encontrarnos, próxima, casi aneja al edificio de la oficina gubernamental en la que trabajábamos ambos, era corriente que su voz, que era rugosa y aguda al mismo tiempo, como un silbido imperfecto y penetrante - en clara disonancia con la anchurosa vehemencia de su juicio y la amplitud sanguínea de su rostro –, quedara ostentadamente en soledad, remontada incluso por encima de la estrepitosa batahola propia de aquellos establecimientos de bebidas en los que era tan fácil pasar desapercibido. El semblante de Rojo se mostraba entonces como transfigurado por un ideal incontenible. Yo he pensado siempre que confundía la integridad con la militancia.

Ese día me había citado en un parque no demasiado alejado de nuestras rutinas compartidas, en una de esas mesas de madera mal trabajada que tienen pintado un damero para que jueguen los ociosos, tan gastados éstos por las inclemencias del tiempo como la propia pintura del tablero. No faltaban perros persiguiendo palomas y hombres errantes que tal vez deberían estar trabajando a aquellas horas, y estatuas de piedra blanca que la humedad había gastado caprichosamente, y ahora recuerdo además que amenazaba tormenta, tal vez uno de esos aguaceros que invocan al trópico y prometen una lluvia pegajosa y caliente.

- Tienes que hacernos un trabajito, Aníbal.

Hoy sería fácil afirmar que debí haberme negado tan pronto como fue pronunciada esa palabra bajo la fronda caldeada del parque, así de dulce, de inquietante se escuchaba el diminutivo en los labios de Rojo:

trabajito. Todo el mundo sabe que dentro de ciertas palabras hay otras, como hay copas de vino y miel en las que funge el veneno.

El caso es que dije: sí, claro, mmm, dime, Rojo, ¿a dónde me mandáis esta vez? Sé que lo dije con algo de sorna; innecesariamente suficiente, mi réplica. Fatua y llena de un cinismo benévolo.

Rojo en cambio se mostró tan esquivo como seductor.

- Qué quieres que te diga, no es difícil, Aníbal, ya verás, confiamos mucho en ti – con una mirada teatralmente franca, me solicitaba una comprensión en la que estaba incluida la vieja complicidad de nuestras culpas comunes.

- ¿Qué hay que hacer?

- La gente de allí nos necesita, Aníbal – Rojo me conocía bien: debió de notar cómo acechaba una desconfianza insidiosa dentro de las preguntas que aparentemente hacía sólo para informarme, porque con sus anchas manos hizo una presa cordial, llena de afecto, sobre mi atribulada cabeza y clavó el cuchillo celeste de sus pupilas en las mías.

- ¿Cómo se llama el lugar? – yo estaba arrepentido ya de haberme mostrado tan accesible, de que ahora Rojo me supiera vulnerable, asustado de peligros cuya imprecisión sólo subrayaba mi cobardía. Tal vez por eso le agradecí estas palabras:

- Tú eres el más adecuado para esta misión, Aníbal. Eres uno de los mejores.

Me di cuenta de que el discurso truncado de Rojo empezaba a ser algo más elíptico que de costumbre.

- No me mientas, Rojo. A mí no.

Me miraba ladeando la cabeza, casi de reojo, tamborileando sobre la mesa con las uñas recrecidas de tres dedos, como si su pensamiento hubiera viajado ya al lugar sin nombre al que me enviaba y le fascinara lo que veía.

- ¿Tú no vienes esta vez?

- Te va a gustar, Aníbal, ya verás...

Rojo fruncía a menudo sólo la parte derecha de la cara – un ojo guiñado y cercado de surcos radiales que salían de las comisuras y alcanzaban el pómulo; los labios deformados por una sonrisa falsa, dolorosa, como si estuviera bajo el sol en medio de un barbecho – y su semblante adquiría

entonces la catadura de lo protervo. Rojo era originario del centro del país, una tierra paniega y dura que daba hombres astutos pero dóciles, a veces crueles por miedo a parecer ingenuos, seguramente los mejores soldados con los que pueda soñar una patria o una ideología.

- ¿Voy solo?

- Te vas mañana, Aníbal – A pesar de que seguramente ejercía sólo de implacable correa de transmisión de una orden nacida en algún sitio lejano – o tal vez por ello - , Rojo seguía elusivo, porfiador, algo más nervioso que de costumbre.

- El tren sale de la estación del Norte a las ocho. No te preocupes por nada, alguien te estará esperando y te hará llegar lo que necesitas.

- ¿Cómo lo reconoceré?

- Llévate esto también.

Me deslizaba una servilleta de tela por encima de la mesa, perfilado contra la mañana, algo cansado tal vez, contemplando la luz húmeda, abrumadora, de los senderos del parque. Sus manos enormes, llenas de pecas, se apartaron como animalillos que retroceden sin dejar de mirar de cara al peligro. Sin levantar la servilleta palpé a través del lienzo y noté un bulto duro y elocuente.

- Es una Makarov de tres ochenta. Está cargada, es de las mejores... - hablaba de la pistola como si fuera una amiga a la que recomendará para un trabajo difícil. Contándome a mí, era la segunda vez que elogiaba un instrumento que ambos sabíamos imperfecto. Tuvo que sentir mi desolación.

- Es lo normal. No te asustes: me han dicho que es mejor que te la lleves pero seguro que no vas a tener necesidad de usarla.

Yo no había olvidado la última vez que Rojo y un arma comparecieron juntos en mi vida. Entonces estábamos empezando a trabajar ambos para el Gobierno y teníamos que hacer trabajos aún peores que ahora, de esos que ofrecen a los novatos para que demuestren aptitudes que luego no van a necesitar nunca. En aquella ocasión había que convencer a un estudiante, que estaba organizando una célula clandestina en una universidad del este del país, de que la obediencia al régimen era preferible, por muchas razones, a la desafección, pero el asunto se nos fue de las manos: el muchacho vivía con otros dos compañeros que,

aunque probablemente ignorantes de lo que tramaba el chico, pagaron las consecuencias. Siempre he declarado que no fui yo el que apretó el gatillo, pero sé que nunca fui creído.

Cuando la evocación se disipó, levanté la cara y me encontré la mirada intensa y comprensiva de Rojo, ahora frontal, tal vez luchando contra un remordimiento. Estaba un poco encorvado, los poderosos hombros encogidos, como para hacerse perdonar un pecado sin nombre. Estoy seguro de que sabía lo que yo estaba pensando y de que conocía mis temores y de alguna manera los disculpaba. A lo mejor él también había estado alguna vez a este lado de las dudas.

Noté de pronto un tacto frío en la piel de mi cintura, un cuerpo duro contra mi vientre. La pistola había llegado hasta allí de alguna inconcebible manera: si alguien me hubiera preguntado cómo, yo no habría sabido responder. Estaba allí y basta.

Nos pusimos de pie. Los movimientos de los hombres paseando en los senderos parecían haber seguido cierta suerte de designio porque, a pesar de no dejar de caminar, el conjunto permanecía básicamente invariable, como si respondiera a alguna forma de coreografía en la que el escenario nunca se quedaba vacío. En algún lugar de la ciudad debía de estar lloviendo ya: hasta nosotros llegaba la fragancia euforizante del ozono y el vuelo exasperado de los estorninos.

Lo que recuerdo mejor es que desde ese instante todas mis acciones tuvieron la apariencia de ser realizadas por el culpable de un crimen que todavía no se había cometido: me despedí de Rojo, supongo que él me respondió - espero verte pronto, compañero -, salí a la calle, caminé por aceras quebradizas y sucias, interminables, bajo el follaje abrumador de las avenidas. En alguna esquina de la ciudad me alcanzó finalmente la lluvia. Hice el resto del trayecto evitando los canalones de los edificios pero en el portal de mi casa me descubrí empapado, subí la escalera estrecha del edificio de tres plantas en el que vivía, me desnudé, me acosté sobre el cobertor de la cama, calzado, presagioso, fume un cigarrillo tras otro, intenté dormir y al día siguiente me subí a un tren sin saber a dónde iba.

Sobre el autor



Santiago Casero González, nacido el 15 de junio de 1964 en Fuente el Fresno, Ciudad Real, aunque pasó los primeros veintisiete años de su vida en Madrid, ciudad en la que concluyó sus estudios universitarios licenciándose en Filología Clásica por la U.C.M.

Reside en Alcázar de San Juan, impartiendo clase en el I.E.S. Miguel de Cervantes Saavedra. Casado y con hijos, a los que dedica el tiempo que no le roba la pasión por la literatura. Una pasión que le ha permitido obtener estimulantes recompensas, tal como el XXXV Premio Internacional de Narrativa “**Tomás Fermín de Arteta**” entre otras.

Su experiencia narrativa se ha forjado también en su faceta de cuentista cosechando varios reconocimientos como el primer premio del XXVI certamen de cuento “**Villa de Quintanar**” o el XXII Premio Internacional de Relatos “**Max Aub**”.

Junto con la novela que acaba Ud. lector tiene en sus manos (**Salvo la**

culpa, Editorial Intangible, 2013), Santiago Casero González es autor de otras. En realidad el mismo autor declara: “he escrito cientos de novelas, como casi todos los escritores, pero la mayoría de ellas no han saltado todavía al espacio tangible del papel”.

Sobre la literatura y la escritura, comparte en fin esta inquietante observación de César Aira: *“Fuera de la literatura, me era en extremo difícil vivir, así que no dejé casi nada fuera. Aun así, al mismo tiempo, todo está afuera...”*

Es posible leer su biografía completa en su página [Wikipedia](#)

Título: Salvo la culpa

Colección Narrativa 6

Edición digital/ebook: Editorial Intangible, 2012

Cubierta: Editorial Intangible

© de esta edición: Editorial Intangible.

© worldwide for spanish language edition

© De la obra: Santiago Casero González.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en cualquier manera o medio, ya sea este electrónico, mecánico o de otro tipo, sin la autorización expresa del propietario de los derechos.

ISBN: 978-84-940375-7-3

Editorial Intangible. Av. de Francia 4, 3-5

46023 Valencia, España

www.editorialintangible.com

info@editorialintangible.com